

# *Mi caligrámico reloj digital*

LUIS BREÑIA

Son justamente las 03:02 horas de la madrugada cuando doy comienzo a la que preveo que sea una larga y extraña disquisición acerca de lo que me viene pasando con el reloj digital que no ha mucho adquirí, tentado, porque contaba con un microproyector capaz de estampar en el techo la hora en grandes dígitos rojos más o menos intensos. De esta manera, si por cualquier razón me desvelaba (como me ha pasado esta noche), me resultaba muy cómodo averiguar qué hora era, bastándome con alzar la vista, y, lo más importante, excusando la tan aparatosa molestia de tener que liarme a encender la luz de la mesilla para consultar el despertador o mi reloj de pulsera.

En principio, diré que la cosa se inició como un mero juego; es decir, albergando la certidumbre de que, por mucho que ahondase en él, y derramase mi tinta, no llegaría a ningún puerto sano. El caso es que, mirando y remirando la hora en una dudosa siesta (pongamos las 13:34; o muchísimo mejor –luego verán por qué–, emulando al reloj, las 13:34), me propuse, sin querer, desarrollar un juego que consistiría en que yo sería un primitivo analfabeto que, en principio, no sabía siquiera qué era un número ni sospecharía sus posibilidades matemáticas, y que, desde tales luces, miraría la imagen que aquel trasto proyectase.

De entrada, tras hacer mi cálculo, ya supe que me las vería con mil cuatrocientos cuarenta momentos posibles o minutos que comprende nuestra convenida noción de la duración del día.

Las 14:14 me hicieron ver una relación de calco entre las expresiones de la hora y los minutos (que yo ignoraba que eran cifras); y las capicúas horas 14:14, casi de reflejo. ¡Interesante!

Sin embargo, no fue hasta las 15:52 cuando observé una extraña figura en los minutos –52–, que, por su caprichosa forma, llamé «virus», siendo su contrario el 25, que, por la misma razón, denominé «antivirus». De manera que todas las horas contarían con los suyos si no, como se verá, más.

Me levanté hacia las 16:24, y ya por la noche, cuando mis ojos buscaron en la penumbra de la habitación la hora estampada en el techo, olvidándome que no sabía nada de matemáticas, continué mi raro juego, quedándome un tanto a cuadros, pues eran las 03:14, es decir, la hora  $\pi$  (pi); y entonces supe que también había una hora  $\Phi$  o phi (16:18) pero no una hora  $e$ . A tales, las llamé las «horas irracionales».

03:25... 03:30... 03:52...

¡Me dormí!

Desperté a las 09:04. Nada raro en la hora. ¡Oh, Dios! ¡Sí! 09:06 ¡Extraña simetría cruzada con algo de yin-yang! Y la cosa no fue a más.

Las 10:01 –hora capicúa y espejo– cuando entré a hacer la

cama. El calco de las 10:10 cuando quise abandonar mi cuarto.

¡Curioso juego el que había iniciado!

Después vendrían las horas víricas: las 10:25 y las 10:52.

Las 11:11. ¡Una vitola con la que se podría hacer un anillo lineal! Como también, y no más, con las 00:00 o las 22:22.

Otros tipos de vitolas serían las cifras capicúas 01:10 y 02:20, aparte, las reflejas y víricas o antivíricas, como las 02:50, las 05:20, las 12:51, las 15:21, las 20:05 y las 22:55.

Concluí que había tres, no, cuatro tipos de dígitos:

1).-Los aburridos: el 3, el 4 y el 7, en tanto no permitían apenas combinaciones ni simetrías ópticas.

2).-Los neutros: el 0, el 1 y el 8.

3).-Los divertidos: principalmente el 2 y el 5; y menos, el 6 y el 9, los cuáles apelaban siempre a una estructura contrapuesta, y que para diferenciarlos de los divertidos, decidí llamarlos «números espirituales» con los que cabían los siguientes fenómenos ópticos: las 06:09, las 09:06, las 16:19 y las 19:16.

Y, atendiendo a las matemáticas, cabían, aparte de los múltiplos y los submúltiplos de la primera cifra reflejados en la segunda, cuatro distintas escaleras: 01:23, 02:46, 12:34 y 23:45.

No quise estudiar la serie de Fibonacci.

¡Vean para qué entretenimientos me dan el insomnio y las  
duermevelas!